

CLAUDIO ARRAU

El niño prodigio, honra de Chile, es ahora un joven prodigio; y mañana, gracias a su genio, y a su disciplina en el estudio y en la vida, será quizá, el *pianista* por antonomasia. Claudio Arrau tiene 23 años y ya es uno de los diez virtuosos más grandes del mundo entero.

Su técnica es precisa y severa; de limpieza sin mácula; de movimientos siempre entonados y discretos. Su “yo” interior, asombra y conmueve; la música en sus manos parece imantada: atrae, sugestiona, agarra las almas. Arrau es de aquellos artistas que irradian luz propia, no la reflejan de sus maestros.

Cuando comienza a tocar, se reconcentra toda su ánima dispersa en las manos ágiles y seguras y en los ojos brilladores. Todos los pianistas cuando tocan, estilizan su espíritu en un gesto: Arturo Rubinstein en la actitud donairoso del pecho erguido y la cabeza enhiesta, dominante y soñadora; Levhinne, en los músculos de la cara, agitados por las corrientes eléctricas de su sistema nervioso, Rachmaninoff en la soberbia cabeza genial. Brailowsky en su desgarbada postura de místico en recogimiento. Claudio Arrau pone su alma entre los paréntesis cerrados de sus grandes ojos garzos henchidos de horizontes ignotos. Cuando principia a ejecutar, las pupilas húmedas parecen fuentes de luz; brillan y sueñan, brillan y sonríen, brillan y se endoloran según el ritmo o la melodía que dice, canta o llora con la destiladera sonora de sus dedos.

Arrau toca a los 23 años como otros a los 50. Está en lo alto de su carrera artística, pero tendrá aún que encumbrarse más, ¿hasta dónde?...

Matiza con suma y suave delicadeza; tiene una facilidad extra-

ordinaria en las robustas manos para ir con precisión de axioma adonde tiene que ir con los dedos y con el alma. Con el alfabeto de sus teclas responde a todos los secretos de la belleza y en sus transportes excelsos es, lo que es el artista: “un espejo de Dios”.

Su potencia jocunda le permite atacar con brío las epopeyas de gran envergadura; y su optimismo ingénito, su nobleza moral y la holgura de su tranquila existencia de hijo modelo, le permiten, que el pecho vacío de preocupaciones molestas, no le conturbe su inspiración fresca, su talento diáfano ni su arte purísimo y bien enraizado en su vida; tan bien enraizado que el don divino de la música se reveló en Claudio Arrau a los 4 años de edad.

En París, en charla hogareña y cordial, entrevisto al glorioso chileno quien contesta mis preguntas con rotunda y pronta concisión:

—¿A qué edad comenzó a tocar?

—A los 5 años di mi primera *tourné*, en mi país; parecerá inverosímil pero así es.

—¿Y vino usted a Europa?

—Cuando tenía 7 años. El gobierno chileno, confiando en mí, me pensionó para que estudiara en Berlín, donde se instaló mi madre con la familia, poniéndome entonces bajo la dirección del sabio profesor Martin Krause, el único profesor que he tenido. Y, a los 9 años di mi primer concierto.

—Yo sé —le digo a Arrau—, que en su ya larga carrera triunfal, larga a pesar de sus 23 años, ha tenido usted éxitos estuendos; pero dígame ¿cuál de ellos le ha parecido más grande?

—El reciente que obtuve en Ginebra al ganar el primer premio en el concurso internacional de pianistas.

—...

—Eramos 300 concursantes: todos pianistas profesionales conocidos. Todos, uno a uno, tocamos en una serie de pruebas durante varios días; por cierto, días muy fatigantes... El jurado lo integraban: Rubinstein, Corteau, Penhhausen, Vianna da Motta y Schellin, cinco celebridades ante las cuales tocamos los 300 artistas en una primera prueba eliminatoria. De aquel numeroso concurso fuimos elegidos sólo 20 ejecutantes para otros dos exámenes más: en el primero deberíamos tocar la misma obra, *Islamey* de Balakireff; y, en la última prueba cada uno de nosotros ejecutaría, a

elección de los señores jurados, una pieza más, siendo ésta, para mí, *Capricho* de Paganini.

—Puedo asegurar a usted que mis 19 contendientes eran 19 notabilidades; de manera que la campaña era muy árdua; yo salí de ella positivamente agotado... Detalle curioso, vea usted: a mí me correspondió en el concurso el número 13; y el número 13 me dio la victoria. Cuando las pruebas finales y decisivas de los 20 seleccionados terminaron, el jurado pasó a deliberar, pero en realidad no deliberó; no deliberó porque los cinco maestros, sin entrar a discutir sus opiniones, por unanimidad de votos me concedieron a mí el primer premio. El jurado tardó solamente 7 minutos en dar a conocer su fallo; el tiempo necesario para redactar su sentencia y firmarla...

—¿Vive usted ahora en plenas actividades de concertista.

—Sí; cada año aumentan mis compromisos. Para 1928 tengo contratados 80 conciertos en la América del Sur; en la Argentina, Brasil, Chile, Uruguay y Perú.

—¿Y en Europa toca usted mucho?

—Constantemente durante todo el invierno; concluída la temporada me dedico a estudiar... estudio 8 ó 9 horas. No me doy una semana de reposo cuando se inician los conciertos. Ya ve usted, ahora vine a Suiza donde dí tres recitales y aquí en París toqué tres. Por cierto que en el último, con orquesta, he tocado por primera vez en mi vida, sin ensayar una sola vez con mis acompañantes.

—El director Gaubert tendrá en usted una plena confianza, lo mismo que en sus 90 profesores, porque ese concierto de Beethoven que tocó usted en la Gran Sala Pleyel, es de unas dificultades extraordinarias.

Arrau asienta con una sonrisa y continúa: —Mañana parto a Holanda; después iré a Finlandia, a Londres, a Viena y Berlín, donde tengo ventajosísimos contratos.

—Para los pianistas profesionales, ¿la vida es difícil hoy día?

—Mucho; porque sólo se cotizan en los grandes centros artísticos del mundo, unos cuantos nombres. Los demás, aunque sean prominentes, no pueden vivir exclusivamente como concertistas.

—.....

—En Europa seremos 15 los pianistas contratados constantemente. Los demás padecen lo indecible.

—¿Y esos 15, naturalmente, ganan mucho?

—Bastante.

—.....

—Oh, sí; yo tuve la suerte de darme a conocer de niño; esta circunstancia me evitó el calvario de tener que luchar, de hombre, con las mil dificultades todas enormes que tiene que vencer un artista en Europa, antes de adquirir fama. Tantos son los escollos que algunos verdaderos talentos que debieran triunfar por derecho propio, permanecen años y años y a las veces, eternamente, desconocidos del gran público. Es injusto pero así es: para salir del anonimato el artista tiene ahora que gastar dinero y en ocasiones fuertes sumas... Y no siempre con éxito.

—Tal como si se tratara de una empresa mercantil, —objeto yo.

—Ni más ni menos; los empresarios no arriesgan su dinero sino con los artistas famosos, y... también con reclamo. Ahora, por cuenta propia organizar un recital en París, Berlín, Londres o Viena, es empresa intrincadísima y sumamente costosa.

—Siendo quien es usted en el mundo artístico, su opinión sobre el mejor artista me interesaría mucho. ¿Quién es a su juicio?

—Con franqueza le diré lo que pienso: muerto Bussoni, que era inigualado e inmenso, el mejor pianista actual es Rachmaninoff; técnica, interpretación, emotividad, aliento, todo en él es extraordinario.

—¿Cuál es el centro musical más considerable en Europa... del orbe?

Arrau me contesta con rapidez y profunda convicción:

—Alemania.

Y agrega: —En Alemania hasta los cocheros entienden música, los alemanes saben escuchar, aman y respetan la música. Los rusos también; en Rusia hay pasión artística y también formidables artistas; el más eminente compositor actual es ruso: Strawinsky. Para mí Strawinsky es comparable a los grandes maestros. No le diré a usted que a Bach o a Mozart, para no llegar a las cumbres (a Beethoven lo dejamos sólo en su plano divino); pero sí sería comparable a Hayden o Gluck.

—.....

—Los músicos que me parecen de más singular y pujante per-

sonalidad, aparte de Strawinsky, son: Prokofieff, el joven ruso Nobokoff, los franceses Auric, Poulaine y Sauguet; el alemán Weill; Jarnoch y Hindemith.

—¿Cree usted en la música moderna y en la ópera?...

—La música moderna es la resurrección de la música, y su representativo máximo, Strawinsky. En cuanto a la ópera creo en su resurgimiento, pero ya no a base del verismo a lo Puccini; sino de la imaginación y la fantasía.

(París, febrero de 1928).